

EL PABELLÓN DE LOS SUEÑOS OBLIGADOS

Autor: Caselo

Durante su reclusión en el manicomio, Juvenal adquirió el hábito de recopilar su historia. Terminado el escrito lo sumergía en un platón repleto de agua, acercaba la hoja mojada a la pared, esparcía cal encima e, inevitablemente, el papel quedaba adherido a uno de los cuatro muros que lo separaban del mundo. Después se acostaba boca arriba, extraía de su bolsillo dos pequeñas esferas de madera, las chocaba y esperaba a que el libro del día se cerrara, entregado a la caricia de la niebla de los sueños.

Sobre la mesa la carta generadora de expectativas; a su lado café, cigarrillos y en el aire la melodía inspiradora de *El Bolero de Ravel*.

“Querido Camilo:

Conozco las ilusiones que anidas en tú interior y los deseos postergados, pero seré honesta contigo: no es posible realizarlos. Recuerda esta frase: ***los caminos son contruidos por los locos para que sean transitados por los sabios.***

Un beso y mi cariño por siempre, Laura”.

La música se apagó sin pedir permiso. Tomó un sorbo de café, aspiró el humo del cigarrillo, dobló la carta, la guardó en la billetera e, inmóvil, intentó escuchar los débiles latidos de su corazón. Decidió salir, sus piernas aún mantenían el equilibrio. Abrió la puerta y recibió el glacial aliento de la noche despejada.

El arribo de Juvenal a la Institución Total del Estado se remonta a 1994. Aquejado de un desorden síquico severo el diagnóstico indicó que, “*debido al trastorno bipolar producto de los bruscos cambios de su personalidad*”, representaba una real amenaza para la comunidad. Las primeras semanas fueron tortuosas; aparte de la memoria estropeada, de su permanencia en el vacío, de sus constantes desvaríos, sedantes, camisas de fuerza e insólitas terapias similares a interrogatorios, constituyeron la espeluznante rutina. Domesticado alcanzó privilegios negados a los demás enfermos: dormía solo, andaba libre por los pasillos e, incluso, se ganó el respeto de sus colegas de infortunio. Le atribuían liderazgo, una especie de guía espiritual, título paradójico en alguien que, a duras penas, lograba reconocerse delante de un espejo.

En esta oportunidad la oscuridad tenía visos de venganza. Pensó en sus amigos, quizás estarían en el billar. Recorrió las ocho cuadras que lo separaban e ingresó al establecimiento. Un ambiente saturado de humo, licor y música de despecho dio su nostálgica bienvenida. En la tercera mesa departían Álvaro y David. *-apareció el perdido ¿Dónde ponemos la raya?*- lo saludaron con afecto. David pidió al garitero: *-Chucho, no joda, traiga una cerveza al resucitado-*. Él la rechazó: *-no hermano, paso-*.

-¡No diga, se volvió Testigo de Jehová!- replicó Álvaro. Pese a ello Camilo comprendía que, dado su bajón anímico, no debía abusar de la bebida; hay quienes sostienen que el alcohol contribuye a ahogar las penas, no obstante reconocer que, muchas de ellas, son campeonas olímpicas de natación.

De vez en cuando consultaba los libros en la biblioteca del Director. Allí conoció diversas teorías acerca del comportamiento del ser humano. Al estudiar la nebulosa de las patologías cerebrales concluyó que, en ocasiones, es la sociedad- con su moral incuestionable- la que califica dichas actitudes de dispersas. Quien vaya en contravía del orden establecido o aquel que se atreva a pensar distinto, obtiene el derecho a engrosar la lista de locos universales; lo demás viene por añadidura: con el pretexto de prevenir males mayores, los individuos pasan a ser entes, simples cifras, ruedas sueltas convenientemente encasilladas en la prisión de las alucinaciones. Juvenal decía: *-¿quiere que lo tomen por loco? Pues atrévase a criticar, diga un par de pendejadas en voz alta, póngase los zapatos de color dife-*

rente, salga a la calle, salude sonriente a la gente. Dirán: está loco de remate-

Analizó la posición de las bolas, acomodó el cuerpo en la postura adecuada, respiró profundo, deslizó el taco con firmeza y logró una perfecta carambola a tres bandas. Dispuesto a continuar la serie un grito lo interrumpió: *-No sea bruto, tacó burro, le tocaba con la amarilla-* pronunció Álvaro. La fugaz satisfacción cayó al suelo. Se disculpó, no tenía justificación; apenado buscó su silla. De pronto Camilo se detuvo, un sudor frío invadió su cuerpo, emitió un alarido, arrojó el taco lejos; enseguida pasó de mesa en mesa emprendiéndola a patadas contra todo lo que obstaculizara su camino.

En eso consistía la vida en el manicomio: matar el tiempo detenido de la condena carente de delito. Allí se reunían un sinnúmero de alteraciones mentales. Los prototipos iban desde el esquizofrénico, el maníaco depresivo, el obsesivo compulsivo, pasando por el paranoico o el fármaco dependiente, cuya corteza cerebral se deshacía en las mortales partículas de su adicción. Al lado del disparatado abanico de sicóticos otros géneros: desencantados del amor, otros engañados por la ambición de su familia en su intención de sacar partido del reparto de la herencia; indigentes o vagabundos recogidos para disimular la pobreza; avivatos que, de tanto aparentar desvaríos, terminaban atrapados en el precipicio de la locura. Todos guardados en el mismo saco, haciendo caso omiso a particularidades,

lo que generaba altos niveles de hacinamiento; de ahí que la llegada de un nuevo interno, fuese recibida con apatía y recelo. Ello se intuía al percibir el sonido de la sirena. La ambulancia entraba por el amplio portón del costado norte; atravesaba despacio los doscientos metros que conducían a la oficina de registros; se detenía y procedían a bajar al despojo humano en camilla. Claro está que lo anterior sucedía esporádicamente. En su mayoría los aturdidos debutantes acudían de la mano de familiares, amigos....o enemigos. A Juvenal le llamó la atención la forma en que lo trajeron: parecía un muñeco indefenso, pero venía custodiado por dos policías, fuertemente atado de pies y manos. Interesado por la suerte del sujeto, pudo ingresar con los hombres encargados de los trámites de rigor. Un oficial narró los hechos. Terminada la reseña trasladarían al paciente a uno de los sitios más escabrosos del hospital mental: *El Pabellón del Nudo Ciego*, conocido así ya que en él los problemáticos eran abrazados por la humillante camisa de fuerza.

Por su parte Camilo se debatía entre la confusión y el miedo. Despertó al momento en que un oficial comentaba: *-a este hay que ponerle triple camisa de fuerza. Casi acaba con el billar de Don Filomeno-* Fue la primera referencia que tuvo del fatal incidente. Por más que se esforzó la laguna mental impedía establecer certezas; en su lugar un color que variaba del blanco al negro, se posesionó en la turbulencia de sus realidades. Consternado reflexionó pese al embotamiento. Nunca imaginó tal desenlace; incapaz de matar a una mosca, se resistía a aceptar su actual condición de animal irracional. Deprimido lloró con amargura. Juvenal los alcanzó. Al ver las lágrimas del desconocido sintió sincero pesar. Los detuvo y dijo: *-permitan que este desdichado duerma conmigo-*.

- *¿Acaso a usted no le produce fobia la gente en su cuarto?*- preguntó el jefe de enfermeros. -*No importa, yo me responsabilizo*- insistió. Enfermeros y policías cruzaron miradas y accedieron al pedido del loco persuasivo. -*Un escándalo y vengo por él*-.

Ya en el reducido habitáculo preguntó: -*¿Quién es usted, por qué hace esto?*- Armándose de paciencia contestó: -*mi nombre es Juvenal. Por una poderosa razón usted me inspira confianza; llámelo amistad a primera vista si prefiere. Eso sí compórtese o de lo contrario, no podré impedir que sienta en carne propia los métodos tendientes a aplacar los ímpetus*-
-*¿Sabe que pasó? No recuerdo nada*- preguntó de nuevo. Meditó y le contó la versión del uniformado: -*según la declaración usted experimentó la escisión del yo, es decir, un claro ejemplo de esquizofrenia aguda; prácticamente destrozó un billar, tuvieron que detenerlo con la colaboración de varios hombres. Al no tener recursos económicos con qué cubrir los daños o contratar los servicios de un abogado, pasadas setenta y dos horas en la celda de la estación lo remitieron a Medicina Legal. Un siquiatra lo valoró y notó que la crisis aún se mantenía, por eso determinó encerrarlo en este hermoso manicomio. Sepa que sus amigos no lo desampararon. Intentaron abogar en su favor, mas se estrellaron en contra de la indolencia de las autoridades; tampoco sirvieron decenas de testimonios de allegados que reafirmaron sus antecedentes de buena conducta. Fíjese, equivocarse una vez implica ser condenado sin posibilidades de defensa*-. Boquiabierto, pálido, sudoroso, ojos desorbitados, las palabras taladraron sin piedad sus oídos. Consciente del impacto, Juvenal suavizó la crudeza del relato: *descanse, sé que está a punto de desfallecer. Le doy un consejo: saque a relucir su fortaleza. Las cosas suceden por alguna razón*-. Finalmente preguntó: -*a propósito ¿cómo se llama?*- Más muerto que vivo respondió: -*Camilo*-

En principio la desconfianza imposibilitó los acercamientos; veía enemigos agazapados, creía ser centro de señalamientos, pensaba que nunca saldría de la pesadilla. Juvenal desempeñó su rol de ángel guardián. Si bien reconocía los avances de Camilo no podía darse el lujo de descuidarlo, por eso se encargaba de recordarle frecuentemente los escabrosos mecanismos que le aguardaban en caso de reincidir. Junto al *Pabellón del nudo ciego*, con su maraña de redes crueles e inhumanas, existía una edificación contigua a los dormitorios del personal administrativo. Si la camisa de fuerza no cumplía con su cometido, el infeliz pasaba de inmediato al tétrico *Pabellón del trago amargo*, donde reinaban, entre otros, el Sinogán, la Carbomazepina, el Diazepán o el Halopelidol. La dosis dependía del grado de descontrol, sin términos medios, o cedía o, simplemente, se declaraba caso perdido lo cual equivalía, nada más y nada menos, que a la pena capital. Escondido en su apariencia de sencillez laboratorio, pintado de blanco resplandeciente, de puertas y ventanas invariablemente cerradas, se levantaba el *Pabellón del viaje sin retorno*. Bastaba el letal jeringazo compuesto por la mezcla de fuertes medicamentos para borrar del mapa a un ejército entero. El macabro coctel, con pasaporte a la eternidad, se aplicaba bajo el auspicio de las penumbras, sin más testigos que la víctima y su verdugo.

La ayuda de Juvenal resultó providencial. Solamente dos aspectos de aquel hombre intrigaban al recién llegado: la manía de chocar dos esferas de madera y su encierro de seis a siete de la noche. Una tarde notó asomos de depresión en la mirada de Camilo. Temeroso ante la inminencia de un ataque repentino, Juvenal postergó su misteriosa labor. Dejaría que se desahogara como le diera la gana; salvo que lo venciera el delirio se mantendría expectante. Su compañero buscó la billetera, sacó un papel y lo desdobló: era la carta porta-

dora de la desalentadora noticia. La repasó, suspiró y se la entregó a Juvenal quien, respetuoso, leyó; enseguida dio su opinión: *-el amor, sentimiento sublime de la vida. Impulso maravilloso, luz perpetua, renovadora; a su vez la amargura que cubre el espíritu al ser notificado por el olvido. A mi modo de ver su personalidad se desdobló. Sin Usted darse cuenta su otro yo, movido por la desilusión, exteriorizó la impotencia provocando el estallido del volcán de su desespero acumulado. No tuvo conciencia de sus actos-*. Después añadió: *-el sufrimiento debe motivarlo, busque a su alrededor y construya el camino. Las ilusiones están al alcance de la mano, abra los ojos y encontrará puentes en todas partes. Ahora presenciara un secreto celosamente guardado, le pido prudencia-*. Tomó papel y lápiz, se acomodó en el suelo, escribió por un lapso de treinta minutos, se levantó, mojó la hoja, la acercó a la pared y esparció cal encima. *-¿Qué significa eso?*- preguntó Camilo *-Ja ja ja-* soltó una carcajada antes de responder *-Es mi historia. Desde que llegué la incorporo a las paredes-*. Su semblante se iluminó *-¿Sabe? Llevo once años en este hotel cinco estrellas, es mi casa. Supuestamente el trastorno bipolar no ha mejorado. Es que aprendí a controlar los picos altos y bajos de mi personalidad, con eso engaño a los infalibles científicos. No saldré con una orden que declare absoluta normalidad. ¡Ni más faltaba! Si he de marcharme lo haré por mis propios medios-* Hizo una pausa. Emotivo remató: *-¡Camilo sacúdase de la tristeza! Le enseñaré el coro de un himno de mi adolescencia y delicioso desenfreno. Si siente depresión o se encuentra ante una situación desventajosa, póngase de pie, coloque su mano en el corazón y grite: **cantemos en honor de los zancudos, cantemos a la anemia tropical y alcemos en nuestros brazos peludos la hermosa bandera nacional-*** Al unísono repitieron el inusual homenaje al símbolo patrio; sus estrambóticas voces sirvieron de válvulas de escape. Desde ese instante Camilo lo interpretó cada vez que, en el horizonte de su alma, divisaba la tormenta de sus desvelos.

Corría agosto. El primer viernes del mes, los internos advirtieron un comunicado en la cartelera principal

“Teniendo en cuenta el elevado costo de los productos farmacéuticos y el incremento abrumador del número de pacientes, resolvimos:

- 1 Suspender camisas de fuerza y medicamentos
- 2 Contratar los servicios del famoso Mentalista Profesor Salvador Edmundo Paz, que se encargará, de ahora en adelante, de la atención de los enfermos a partir de sesiones de hipnosis”.

Las directivas del Manicomio clausuraron las guaridas del terror. En adelante nadie volvería a padecer la ignominia de la camisa de fuerza o el sopor del trago amargo; la partida definitiva, albergada en la pócima asesina, quedó archivada en el baúl de las soluciones radicales.

En la tarde hizo su aparición el Mentalista Profesor Salvador Edmundo Paz. Vestía de negro, sobresalía por su estatura de uno noventa, complementaban los rasgos de su fisonomía barba abundante y penetrantes ojos oscuros capaces de adivinar el futuro. En lugar de caminar gravitaba; de sus pasos se desprendía una insoportable estela de ínfulas de superioridad. No se presentó, cerró la puerta del consultorio resuelto a enfrentar los enajenamientos más agudos. En el transcurso de hora y media atendió veinte enfermos, fiel reflejo del es-

pantoso drama que cobijaba a los prisioneros de sí mismos. Terminada su tarea abandonó el lugar, ansioso por posesionarse de la morada asignada: el desaparecido *Pabellón del viaje sin retorno*

El inatajable “corre-ve-y-dile” se encargó de regar el chisme por los cuatro costados del hospital mental, lo que permitió establecer el desarrollo de las sesiones. Con el recurso de la voz creaba imágenes en la mente del paciente. Apoyado en su poderoso tono grave aseguraba la contundencia del mensaje. A su vez el interno debía concentrarse en la oscilación de un reloj unido a una cadena de oro. El tic-tac de la maquinaria reforzaba los alcances del movimiento envolvente. Previo al adormecimiento el Mentalista Profesor sentenciaba: *-a la cuenta de tres quedará sumido en un sueño placentero. Uno.....dos.....tres-* La orden perentoria se cumplía sin oponer resistencia; la duración del estado hipnótico dependía de la agresividad del desquiciado: minutos, horas, días....

El consultorio del Mentalista Profesor adquirió nombre propio. Lo consideraban un hombre antipático y presumido. Lejos de canalizar sus poderes en beneficio de los desequilibrados, optó por mantenerse al margen, más allá del bien y del mal. Portador de un desmesurado ego, tan grande que no cabía en el manicomio, erigió un altar en torno suyo. Nadie negaba sus conocimientos; reconocían la sabiduría de sus ojos oscuros capaces de adivinar el futuro, pero en vista de su prepotencia denominaron aquel lugar *El pabellón de los sueños obligados.*

Si quedaban dudas de la opinión negativa, un hecho terminó por afianzar la incomodidad generalizada. Alertado por sospechas sobre consumo de alucinógenos y bebidas embria-

gantes por parte de los dementes, el Director encomendó la misión de supervisar los dormitorios al Mentalista Profesor. El represivo e irregular allanamiento comenzó pasadas las seis en el alojamiento de Camilo y Juvenal, justo en medio de la ceremonia oculta. Este último se disponía a pegar la hoja y, de repente, fue interrumpido por la visita de los ojos oscuros capaces a adivinar el futuro. El Mentalista Profesor ordenó: *-no se mueva, quédese ahí-*. Trató de llegar a la pared. Juvenal, enojado por la invasión de su intimidad, se interpuso. *-¿Qué contiene ese papel?-* interrogó el iluminado. *-Eso a Usted no le importa, váyase a la mierda-* contestó Juvenal

- Pues me importa y mucho- replicó fuera de sí Salvador *-Es mi vida la que inundan esta hoja. Algún día las palabras me harán libre. Me hago matar por ellas-* dijo el demente. Camilo, atento, observaba con los puños cerrados a la espera de entrar en acción. Juvenal con un guiño le indicó algo a su compañero. Entonces los dos locos se pusieron de pie, llevaron las manos a sus respectivos corazones y vociferaron: ***cantemos en honor de los zancudos, cantemos a la anemia tropical y alcemos en nuestros brazos peludos la hermosa bandera nacional.*** Visiblemente molesto el Mentalista Profesor pronunció: *-son unos locos perdidos. Les aseguro que muy pronto irán a mi consultorio-* Dicho lo anterior salió a buscar vestigios de fantasmas en las otras habitaciones.

Pese a las sesiones de hipnosis, al régimen carcelario que impedía la circulación de pacientes en la noche y al tedio arraigado, algunas zonas de esparcimiento suavizaban la atmósfera pesada del manicomio. El amplio salón para la alimentación y el ocio contaba con

mesa de ping pong, parqués, naipes, televisor. Juvenal y Camilo, durante el almuerzo, acostumbraban a ver el noticiero. El comedor también era visitado por El director, el Mentalista Profesor y demás empleados, separados prudentemente de los pacientes.

Una información capturó el interés de los comensales: *-el 28 de agosto La Alcaldía Mayor organizará el primer carnaval en Bogotá. Será un verdadero encuentro de culturas; se espera la masiva asistencia de los capitalinos-* concluía la nota.

Los comentarios no se hicieron esperar. En general se recibió con agrado. El único apático era el Mentalista Profesor. Entusiasmado en extremo, Juvenal dijo: *-¡Amigo, es grandioso un carnaval!*- Camilo no entendía el por qué de la euforia. ¿Qué sentido tenía gozar a distancia de una fiesta negada a ellos? No los dejarían asistir; además no registraba antecedentes de tamaño espectáculo en la ciudad. Tal vez las celebraciones por los triunfos de la Selección Colombia o de los equipos de fútbol bogotanos- por su espontaneidad- se asemejaban al carnaval. Juvenal retomó la palabra: *-es la oportunidad que esperaba. ¡Escapemos!*- Al fondo el Mentalista Profesor, fastidiado por la absurda algarabía, se levantó de su silla y pronunció en voz alta: *-no entiendo tanta alharaca. El Carnaval es una demostración de vulgaridad ejecutada por la plebe. Nosotros, seres de luz, no comulgamos con esas bajezas-*. Juvenal replicó desde su mesa: *-menos mal. Nosotros somos, más bien, seres opacos-*. Internos y empleados aplaudieron. Después gritó: *-¡Viva el carnaval!- ¡Viva!*- respondieron. Habló al oído de Camilo: *-le aseguro que iremos cueste lo que cueste. Tengo una idea, se la contaré en la noche-*

Se entretuvo imaginando sus vivencias en el carnaval. No habló, esperó a que pasara la hora de escribir su historia; posteriormente hizo partícipe a su amigo de la estrategia. Mostró las esferas de madera y dijo: *-me las obsequió un marinero hace treinta años. Parecen dos objetos comunes y corrientes. Lo que usted desconoce es que forman parte de una antigua tradición china orientada a relajar e hipnotizar. De acuerdo a los comentarios, el mentalista profesor influye en los pacientes con el poder de su voz, las imágenes mentales y el movimiento del reloj. Lo contrarrestaré con un escudo protector interior creado por la fuerza depositada en el sonido de las esferas al chocar. De esta manera el efecto rebote devolverá la energía al Mentalista Profesor y quedará hipnotizado-* Pensó que bromeaba. Incrédulo manifestó: *-¿De manera que Usted, loco de atar, pretende vencer a un sabio? Ese cuento no se lo traga nadie. Disculpe es mi opinión-* Inmune al escepticismo de su amigo se defendió: *-¿No entiende? En varias oportunidades he logrado calmarlo a usted recurriendo a ellas sin que se dé cuenta. Ahora debemos dar el otro paso: aumentar el campo magnético con el objeto de llevar a cabo la hipnosis. Probemos, no tenemos nada que perder. No olvide, el triunfo es reservado a los atrevidos, nunca a los pusilánimes-*

El toc-toc de las esferas al chocar se convirtió en sinfonía celestial para Juvenal. Lo integró a su esencia, recorría sus venas, exhalaba de su aliento, dirigía los latidos de su co-

razón, afianzaba sus pasos, coloreaba sus sueños. Obsesionado memorizó aquellos penetrantes ojos capaces de adivinar el futuro; aprendió a mantener fija su atención en un punto, con tal de eludir el arrullo del reloj unido a la cadena de oro; dejó en un segundo plano la poderosa voz del Mentalista Profesor y, por último, creó las imágenes mentales que bloquearían la sugestión hipnótica. Camilo aplaudía sus progresos, admiraba su arrojo y seguridad; se prestó cual conejillo de indias en los ensayos y después de múltiples intentos fue hipnotizado. Juvenal, desconfiado, requería la colaboración de un voluntario inocente.

Quedaban solo dos días, tenía que apresurarse.

La ayuda se materializó el viernes en la tarde. Se presentó en la figura de un paranoico desesperado quien empujó la puerta e irrumpió en el alojamiento. *-¡Socorro, los extraterrestres me persiguen!-* gritaba. Camilo y Juvenal, estupefactos, miraban la cara de pánico del enfermo. Angustiado se metió debajo de la cama. *-¡Socorro los extraterrestres me persiguen!-* gritó de nuevo. Juvenal entendió que se le presentaba la oportunidad. Se apartó de Camilo quien, prudente, se mantuvo atrás; en tono paternal dijo: *-aquí no lo encontrarán. No se preocupe-* El interno contestó: *-ustedes son cómplices-* Y volvió a gritar: *-¡socorro los extraterrestres me persiguen!-* Se arrodilló, dejó que el paranoico exteriorizara sus temores, sacó las esferas, concentró la energía en las manos y las golpeó; TOC TOC TOC *-Socorro los extraterrestres me persiguen-* TOC TOC TOC *-Socorro los extraterrestres...-* TOC TOC TOC *-Socorro me persiguen....-* TOC TOC TOC *-los extrat.....-* TOC TOC TOC... Fue cuestión de minutos, el paranoico dormía a pierna suelta.

El sábado 28 de agosto los saludó un cielo despejado. Pasaron la noche en vela repasando minuciosamente cada detalle. A Juvenal le preocupaba todavía la indecisión de su amigo. *Le voy a pedir sólo una cosa: aíslese del entorno, ponga entre ceja y ceja la imagen que más añore. Verá los resultados-* Luego añadió: *-ya matamos el tigre, no nos asustaremos con las rayas. Usted preocúpese por mantenerse alejado del poder del Mentalista Profesor, de lo demás me encargo yo-* Explicó las herramientas que utilizaría, cada una de ellas revitalizada con la confianza en sí mismo. *-Recuerde, construiremos el camino. Nos llevará directo al carnaval-* expresó. Un apretón de manos selló el pacto. La suerte estaba echada.

Gritos provenientes del área de los internos alteraron la calma del manicomio. Tres guardias y dos enfermeros, guiados por la agitación del desorden, llegaron al lugar exacto: el dormitorio de Camilo y Juvenal. No daban crédito a lo que veían. Los amigos incondicionales discutían acaloradamente lanzando improperios de parte y parte. Pasaron a la agresión física en una reyerta digna de pandilleros de barrio. El extraño comportamiento provocó la intervención del Director, después de ser separados por los empleados. *-¡Es el colmo, no les ha servido para nada su permanencia en este hospital!-* dijo el director. *-¡Saque a este imbécil de mi cuarto o le juro que soy capaz de matarlo!-*

- ¡Venga desgraciado que con mucho gusto lo atiendo!-

-¡No más, vamos al consultorio!- ordenó el director ante la agresividad de los dos internos. Las cosas salieron a pedir de boca. Simular el altercado cumplió su función al pie de la letra. Camilo y Juvenal se miraron, el destino acababa de otorgarles la posibilidad de enfrentar la prueba final: desafiar la mítica aureola del sabio arrogante.

A la una de la tarde suspendía sus labores. No dejaba entrar a nadie. Sentado en su silla cerraba los ojos. La reparadora siesta lo desconectaba de la sordidez del manicomio. Lejanos murmullos con ribetes de escándalo, conforme se acercaban, impidieron su descanso. Llamaron a la puerta. *-Atiendo después de las dos-* manifestó disgustado. *-Por favor abra, es urgente-* respondieron al otro lado. Sin más remedio se apartó de la comodidad y abrió. Ante sus ojos aparecieron Juvenal, Camilo, El Director, enfermeros, guardias y una fila de locos. *-¿Qué sucede?-*

-Profesor, a estos dos se les acabó de correr la teja. No es usual en ellos, pelearon como niños chiquitos e intercambiaron golpes. Por poco ocurre una tragedia- dijo el Director señalando con el dedo a los revoltosos. *-Vaya, vaya; sabía que tarde o temprano vendrían por acá. Pasen les aseguro que disfrutarán un momento inolvidable-* pronunció con ironía el Mentalista Profesor. *-Y ustedes no se queden ahí, sigan, presenciarán la hipnosis que más he esperado. Descuiden mis prodigiosos poderes no recaerán en sus mentes-* invitó al Director, enfermeros y guardias. Desde su llegada, Juvenal no dejó de golpear las esferas. En el consultorio sólo se veían sillas y un escritorio; cuadros, flores, espejos o cualquier

tipo de adorno brillaban por su ausencia. El Mentalista Profesor acomodó varias sillas. Seis a sus espaldas, reservadas a los ilustres testigos; dos al frente en las que permanecerían los receptores de la hipnosis y en el centro la suya, claro signo de poder y dominio de la situación. Una vez ubicados indicó: *-muy bien, todo lo que deben hacer es dejarse llevar por la narración que a continuación escucharán-* Sacó el reloj unido a la cadena de oro. *-También es indispensable que depositen su mirada y concentración en el guardián del tiempo. Su sonido y movimiento reúnen pasado, presente, futuro-*. Se dirigió a Juvenal quien no cesaba de golpear las esferas: *-guarde eso, lo distrae-*

-No puedo, son parte de mí- respondió *-Profesor, déjelo, es una manía irremediable. Desde que lo conozco no las abandona-* anotó el Director. *-Insignificante por demás, no afectará el proceso-* aceptó Salvador en una muestra de auto suficiencia.

Juvenal no se intimidó por el inoportuno auditorio. Entendió que debía redoblar esfuerzos, ante lo cual se preparó según lo presupuestado. Interiorizó la actividad de sus órganos vitales; trasladó a un segundo plano los ojos oscuros capaces de adivinar el futuro y la voz del Mentalista Profesor; descargó la energía en sus manos; literalmente se clavó al piso aferrando sus pies al magnetismo ejercido por la madre tierra; mantuvo su mirada al margen del movimiento pendular del reloj, unido a la cadena de oro, y en su cabeza dejó correr la secuencia de su película surrealista. Camilo, entre tanto, asimilaba las instrucciones de su amigo. El reto personal consistía en no permitir que la sesión minara su resistencia. Dejaría que Juvenal se encargara de luchar contra el poder del sabio, así lo acordaron. No podía dar marcha atrás, la lealtad y el compromiso tenían que estar por encima de sus dudas. Resuelto escogió la imagen que lo estremecía: la sonrisa de Laura.

El dispositivo del reloj y su incesante repicar, marcaron el inicio de la batalla.

TIC TAC TIC TAC TIC TAC TIC TAC.....

“Vamos despacio un paisaje acogedor nos espera

La calma es un regalo, no hay temor.

El bosque nos saluda, entramos, clima placentero

Ni cálido ni frío. Recorramos lentamente el tapete
de hojas acumuladas con el paso de los siglos”.

TOC TOC TOC TOC TOC TOC TOC TOC.....

“Es hora de partir. La llanura se extiende, es un
mar sin límites de olas subterráneas.

La carrilera se pierde en el horizonte.

Camino sobre los rieles, presiento el encuentro
con mi destino”

TIC TAC TIC TAC TIC TAC TIC TAC.....

“Verde en todas partes. Esperanza, paz, tranquilidad.

Espejos de agua refrescan el alma.

Bebamos del manantial, de la pureza del vital líquido.

Sintamos las gotas en cada poro de nuestra piel”

TOC TOC TOC TOC TOC TOC TOC TOC.....

“A lo lejos la estación, de salida o de llegada.

Se próxima a mí, voy hacia ella.

Siento bajo mis pies el calor del metal.

El tren no demora, el suelo vibra.”

TIC TAC TIC TAC TIC TAC TIC TAC TIC.....

“Cantos de aves, murmullos de colibrís, batir de alas
de mariposa. Rumor del bosque.

El pájaro carpintero talla la madera de un viejo roble.

Escuchen”

TOC TOC TOC TOC TOC TOC TOC TOC.....

“En mis manos tengo el boleto sin fecha.

Un dibujo representa el arco iris, sin principio ni final.

Número de asiento: uno, en la ventana, detrás del maquinista”

TIC TAC TIC TAC TIC TAC TIC TAC TIC.....

“Sentémonos sobre el lecho de hierba, descansemos.

Arriba el firmamento en medio de árboles frondosos.

El viento indica que cae la tarde.”

TOC TOC TOC TOC TOC TOC TOC TOC...

“La locomotora se detiene con sus vagones en fila

y su carga de ilusiones.

La estación se ilumina, el tren le da vida, voy a subir”

TIC TAC TIC TAC TIC TAC TIC TAC TIC....

“La naturaleza nos abraza.

Tendidos en la hierba, de cara al sol.

Protegidos por los duendes del bosque.

En las piedras sobresalen diminutas pepitas de oro”

TOC TOC TOC TOC TOC TOC TOC TOC....

“Subo las escaleras del vagón.

Doy vuelta y observo por última vez la estación fantasmal;

retomo mis pasos, entro.”

TIC TAC TIC TAC TIC TAC TIC TAC TIC....

“Estamos en posición horizontal.

Somos parte del bosque

Nuestros párpados pesan

Los músculos relajados

Respiración y latidos del corazón son uno”

TOC TOC TOC TOC TOC TOC TOC TOC.....

“Observo el vuelo de la bandada de aves migratorias.

Me despido, el maquinista se apresta a iniciar la marcha”

TIC TAC TIC TAC TIC TAC TIC TAC TIC....

“Pronto vendrá la noche.

Preparémonos, sin sobresaltos, serenidad.

A la cuenta de tres quedarán sumidos en un sueño placentero.

Uno.....”

TOC TOC TOC TOC TOC TOC TOC TOC....

“Es el rugido de un león que acaba de despertar.

El tren recobra su fuerza, ya ha reposado.

Lentamente activa la maquinaria”

TIC TAC TIC TAC TIC TAC TIC TAC TIC....

“Todo pesa.

Párpados,

Músculos,

Cabello,

Piel.

Dos.....”

TOC TOC TOC TOC TOC TOC TOC TOC TOC...

“Silba la locomotora.

La columna de humo indica el inicio del viaje”

TOC TOC TOC TOC

Tres...

TIC TAC TIC TAC TIC TAC.....TOC TOC TOC

El brillo de los penetrantes ojos oscuros capaces de adivinar el futuro se opacó. El reloj se detuvo; la cadena de oro gradualmente disminuyó el impulso. Un manto color púrpura descendió y dividió el escenario. De un lado seis sillas ocupadas por seis hombres inmersos en

el abismo de la inconsciencia; la séptima soportaba el peso del Mentalista Profesor Salvador Edmundo Paz: cabeza descolgada, brazos caídos, piernas de algodón, respiración regular, párpados cerrados. Del otro lado un par de locos petrificados, sin la capacidad de medir y reconocer el triunfo inobjetable, más vivos que nunca.

Sea fatiga o amnesia pasajera causada por la victoria, lo cierto es que no contemplaron otro plan que el de hipnotizar al Mentalista profesor. La primera reacción de Juvenal fue la de requisar los bolsillos de los guardias. En uno de ellos encontró decenas de llaves, quizás de los dormitorios reservados a los internos de mayor peligrosidad. *-No hay tiempo que perder, celebraremos después-* recalcó Juvenal. Salieron sin saber qué hacer. Por fortuna en el manajo de llaves estaba señalada el área correspondiente, así descubrieron las puertas objeto de su interés. Sin esfuerzo las abrieron. Juvenal pregonaba: *-venimos por ustedes, vamos al carnaval-* La minoría aceptó; los demás prefirieron quedarse. No arriesgarían la seguridad de aquel espacio que constituía su único hogar. *-Un momento. Deberíamos buscar algo que nos caracterice. No tenemos máscaras o disfraces. Nos reconocerían fácilmente-* expresó Camilo inquieto. Se miraron en silencio. De pronto Juvenal dejó a su amigo y se encaminó en dirección de su dormitorio. Desconcertados, los internos liberados lo siguieron. Dentro de su aposento Juvenal se detuvo en una de las paredes y valiéndose de las llaves la raspó con furia. Suspendió la actividad, salió de nuevo y regresó con un cuchillo hallado en la cocina. A medida que descascaraba el muro, desprendía de él sus escritos impregnados de cal; unos destrozados, otros con mejor textura. Los dementes se pusieron

manos a la obra apelando a cualquier objeto, incluso las uñas. Rama a rama deshojaron el árbol de la historia guardada por Juvenal y debilitaron uno de los cuatro muros que por once años lo separaron del mundo. Escogieron el papel más conservado; lo cortaron por mitades y abrieron orificios para los ojos. Listo el material confeccionaron sencillos antifaces. Faltaba con qué sujetarlos. Se les ocurrió utilizar cordones de zapatos, retazos de camisas de fuerza olvidadas en el *Pabellón del nudo ciego*, bandas de caucho de las oficinas. Acto seguido, Juvenal convocó a los que quisieron acompañarlo. En el patio exclamó a la concurrencia: *-la consigna es disfrutar, el carnaval nos espera-* Ataviados con sus antifaces, treinta y seis locos levantaron sus brazos y gritaron: *-¡vamos ya!*

Ríos humanos desembocaban en aquel océano infinito de millares de ojos, oídos, narices, bocas, manos, pies. La romería daba vida al monstruo de mil cabezas. Desde las aceras se apreciaba el desfile de las agrupaciones con su música, danzas y atuendos típicos. Quienes lo deseaban podían seguir su rastro. El carnaval no se reservaba el derecho de admisión; kilos de harina, con la que se elabora el buen pan, arrojados al vacío, teñían los cuerpos con su blanco inmaculado. La fiesta otorgaba el bautizo.

Veinticinco locos doblaron la esquina e interpretaban el himno de Camilo y Juvenal: *cantemos en honor de los zancudos, cantemos a la anemia tropical y alcemos en nuestros brazos peludos la hermosa bandera nacional*. Reían, gritaban, exteriorizaban sus emociones *-Esto no es vida es un vidononón-* exclamó Juvenal. Todavía faltaba un buen trecho

antes de llegar a la plaza. En ella se congregaría la multitud ávida de soltar sus amarras. El panorama enseñaba las reliquias del pasado. Retrocedieron en el tiempo: casas coloniales, balcones, ventanas y puertas de madera, colores expresivos. Al fondo el marco de la Plaza de Bolívar colmada en su totalidad, no por las cotidianas palomas, sino por el impactante gentío. A medida que avanzaban proliferaban las comparsas representativas de diferentes regiones del país. En medio de pitos, gaitas, tambores, matracas, agua, harina se involucraron con negros pintados de blanco, blancos pintados de negro, calaveras, iguanas, demonios, mitos, leyendas. La corriente los atrajo, diecinueve locos fueron devorados por las mismísimas entrañas del carnaval. Atrás quedaron las casas antiguas y los balcones de románticas serenatas.

El carnaval derivaba su carácter popular en la participación. Sin exclusiones ni minorías, nadie tenía por qué sentirse relegado. Asistían profesionales, desempleados, homosexuales, prostitutas, deportistas, ejecutivos, ciegos, oficinistas, sordos y diez locos resguardados por sus antifaces.

Juvenal y Camilo expresaban su plenitud entregados al jolgorio. El embrujo colectivo se arraigó en su imaginario. A las cinco de la tarde Juvenal tuvo la sensación de que lo vigilaban. Observó a lo lejos un hombre de espaldas que vestía de negro y de grandes proporciones. Nervioso siguió los movimientos del gigante. Minutos después descubrió que se trataba de un artista encaramado en dos piernas de madera. Descansó y regresó de nuevo al

hechizo del carnaval, apartándose de la impresión de ser perseguido por la mirada de ojos oscuros capaces de adivinar el futuro.

Acosado por el cansancio Camilo se detuvo. *-¡Ánimo, que esto apenas empieza!-* dijo Juvenal. De improviso advirtió la cercanía de una comparsa que lo sedujo. Hombres y mujeres, al compás de percusiones, se movían rítmicamente. Disfrazados de nativos, animales salvajes, plantas exóticas evocaban el esplendor de la selva exuberante. En el centro una mujer, vestida de Amazona, dejaba ver la mitad de su rostro dibujado con una amplia sonrisa. La otra mitad, cubierta con un antifaz de felina, resaltaba por el brillo de sus ojos; de su cuerpo relucía la piel tatuada, líneas gruesas y delgadas, como si una boa milenaria hubiese dejado en ella su marca imborrable. Parecía la reina.

Invitaron a los tres locos. Aceptaron, en especial Camilo quien no le quitaba los ojos de encima a la Amazona. Sin darse cuenta quedó en frente de ella. Mantuvieron el reconocimiento mutuo por espacio de cinco minutos. Camilo vaciló un poco; la Amazona, inquebrantable, logró desterrar los temores del demente e iniciaron un baile inolvidable.- -

Eso a mover el esqueleto- gritó Juvenal. Su frase contenía inocultable simbolismo. La magia del baile se refleja en los orígenes del carnaval. Los antepasados al danzar se integraban con el cosmos, desafiaban la muerte o conmemoraban fechas especiales. Por eso cada vez que hombres y mujeres mueven el esqueleto, quedan conectados con el Universo.

Bailaron sueltos, a corta distancia, suficiente para permitir un sutil roce de sus cuerpos.

No hablaron, la música sustituyó las palabras y la danza produjo un delicioso intercambio de sentidos. Su único contacto físico se realizaba al presentir el aumento de la marea humana. Camilo extendía su mano, la Amazona se aferraba a él y soportaban el embate de la corriente; después corrían tomados de la mano, subían a los bancos de la plaza, brincaban y antes de continuar la danza se soltaban. Juvenal también gozaba de lo lindo. Se acercó a dos hermosas plantas carnívoras con las que bailó hasta quedar exhausto. El tiempo seguía imperturbable, a estas alturas poco importaban los relojes. El ritmo, en ocasiones endiablado de vientos y percusiones, desplazaba el curso de la frontera irreal. Esa noche bogotanos, bogotanas y foráneos, estuvieron en la cúspide, tocaron las estrellas, dos mil seiscientos metros más allá del mundo. El carnaval aumentó el sentido de pertenencia por una ciudad menospreciada en épocas anteriores. La Plaza de Bolívar soportó imperturbable el inclemente pisoteo, con la complicidad de una madre que contempla el desfogue de alegría de sus hijos.

Camilo empezaba a sentir calambres en sus piernas; la vitalidad de la Amazona, sin embargo, impidió que se aplacara. Tomó un segundo aire, olvidó sus dolores y se entregó renovado al frenesí de la danza creadora.

*“Quiero morirme de manera singular
quiero un adiós de carnaval
quiero tu voz negra canela escuchar
con su dulzura natural sincera...”*

No se cambiaba por nadie, la felicidad invadía su alma; pensó que era una danza eterna, mas no reparó en algo. De un momento a otro un tropel se precipitó impetuoso y desorientado. La marea humana, con olas inmensas y la fuerza de un maremoto, arrasó lo que encontró a su paso. Se llevó animales salvajes, plantas exóticas, nativos.....la Amazona no alcanzó a sujetarse de su mano.

El reloj de la Catedral marcaba las cuatro de la madrugada. Habían transcurrido diez horas de baile que bien pudieron ser diez días, diez meses, diez años. De la misma manera en que se encontraron, sin buscarse, se alejaron sin despedirse. Camilo no tuvo la precaución de preguntarle por lo menos el nombre. Buscó a Juvenal, tampoco supo de él.

Los últimos vestigios de música se escuchaban lejanos. Poco a poco la plaza se desocupaba, el rocío de la mañana traería a sus verdaderas dueñas: las palomas. Caminó despacio, de sus labios se desprendía la frase final de una canción de Serrat: ***vamos bajando la cuesta que arriba en mi calle se acabó la fiesta.***

Dobló la esquina, entró de nuevo a la calle de estilo colonial. Un reducido grupo de jóvenes pasó a su lado. Daban tumbos averiados por el festejo prolongado. Cabellos largos, pantalones desteñidos, a lo mejor roqueros. No muy seguros de sí entonaban con dificultad: ***Malo, malo, el diablo es malo y nos corrompe rompe...*** Recogió del piso un antifaz, pertenecía a Juvenal. Finalmente no aguantó más, se desplomó y cayó como una piedra debajo de un enorme balcón de románticas serenatas. Entre tanto una pertinaz lluvia de ceniza se desgajó: lágrimas del cielo por la muerte del carnaval.

Despertó. La garganta seca y un fuerte dolor de cabeza le atormentaban ¿Qué había pasado con la Amazona? ¿Por qué precisamente una mujer, vestida de selva, con su séquito de animales salvajes, plantas exóticas y fieles nativos? Y en cuanto a él ¿Qué podía pensar? Muchas preguntas y ninguna respuesta. Elevó la mirada pero la claridad lo cegó; bajó la cabeza de inmediato. Pese al caos el orden se mantenía. Sus dispersos razonamientos estaban represados, aunque no por mucho tiempo. Igual confusión deberían sentir el Director, guardias y enfermeros quienes, a sus espaldas, abrían los ojos rescatados de las profundidades. Al frente suyo, en el suelo, dos esferas silenciosas de madera, más arriba Juvenal apenas consciente. Su compañero se movía, salía también de las tinieblas. El Mentalista profesor consultó el reloj: cinco de la tarde, tres horas de sueños obligados.

Horas antes, y al estilo del viejo oeste, Juvenal y el sabio desenfundaron sus revólveres y dispararon al mismo tiempo; el duelo no pactado quedó en tablas. Juvenal intentó enfrentarlo de nuevo, mas en esta oportunidad los ojos oscuros capaces de adivinar el futuro no le decían mayor cosa. Camilo sollozaba. Le preguntó:

-amigo ¿qué sucede?-

-Soñé que corría por un inmenso campo de trigo. Laura perseguía a un niño. Estaban felices, radiantes. Yo iba rezagado, separado de ellos por miles de pollitos que apenas salían del cascarón-

El Mentalista Profesor se conmovió. Hubiese dado lo que fuera por hacer vivir a Camilo las imágenes del carnaval que desfilaron por su cabeza. Se sintió en el lugar equivocado.

¿Acaso podía creerse Dios? Desechó la idea en el acto. Si lo fuese tendría la facultad de

manipular los sueños, pero en este caso solamente formó parte de una manifestación onírica individual producto de la sugestión.

Juvenal abrazó a Camilo y le dijo: *-pero si ya construyó el camino ¡estamos vivos!-* Lo agarró del brazo, se pararon y gritaron: ***cantemos en honor de los zancudos cantemos a la anemia tropical y alcemos en nuestros brazos peludos la hermosa bandera nacional.***

-Ya es suficiente, a sus dormitorio- ordenó el Director *-Usted y yo tenemos que hablar-* dijo al Mentalista Profesor *-No es necesario, presento renuncia irrevocable de mi cargo-* Salvador Edmundo Paz tuvo que abandonar su pedestal. Esa tarde bajó un peldaño de la escalera que lo distanciaba de los demás mortales. Aún sin aceptar la bofetada recibida por la osadía de un loco, se agachó, recogió las esferas de madera y se las entregó a Juvenal sin mirarlo a los ojos.

Abandonaron el ***Pabellón de los sueños obligados.*** Mientras caminaban, de cada dormitorio salían enfermos y empleados evidenciando en sus rostros las huellas de un sueño profundo. A lo lejos, más allá de los muros que los separaban del mundo, el firmamento bogotano se iluminó de fuegos artificiales: Los destellos anunciaban el inicio del carnaval.

FIN